

SUMARIO

VIDA	13
Presentación	14
Stuttgart (1770-1788). El hijo del funcionario	16
Una tradición luterana	16
Muerte de la madre de Hegel	16
Tubinga (1788-1793). Amigo de Hölderlin y Schelling	18
Hegel, Hölderlin y Schelling	18
Tres acontecimientos de gran alcance	18
Berna (1793-1796) y Frankfurt (1797-1800)	20
Preceptor en Berna	20
Preceptor en Frankfurt	20
Hegel y el romanticismo	21
Primera publicación	22
De Frankfurt a la universidad de Jena en Turingia	22
Muerte del padre de Hegel	24
Resurgen las universidades modernas	24
Jena (1801-1807). Tras Schelling y... ¿superándolo?	26
La nueva universidad	26
Hegel se aleja de Schelling	26
La <i>Fenomenología del espíritu</i>	28
Los cañones napoleónicos	29
El estilo hegeliano	30
Una revolución espiritual	31
Bamberg (1807-1808). Defendiendo a Napoleón	33
Director de periódico	33
De pantrágico a panlógico	34
Se publica la <i>Fenomenología</i>	34
Nuremberg (1808-1816). El digno director	36
Director de instituto (<i>Gymnasium</i>)	36
Matrimonio con Marie von Tucher	36
Una carta de presentación filosófica: la <i>Ciencia de la lógica</i>	38

Todavía otra «desilusión académica»	38
Heidelberg (1816-1818). Formulación de «su» sistema	39
La <i>Enciclopedia de las ciencias filosóficas</i>	39
El espíritu del mundo o universal (<i>Weltgeist</i>)	39
La amistad con Goethe	40
Candidato a la universidad de Berlín	40
El <i>Bildung</i>	41
Berlín (1818-1831). A la conquista... ¿del Estado?	43
La restauración antiliberal	43
La <i>Filosofía del derecho</i>	43
El <i>ennui</i> romántico	44
La fama de un Hegel conservador	44
El decanato y el rectorado	45
Hegel y Shelling, de nuevo	46
Los últimos años de la vida de Hegel	47
Muerte de Hegel	47
FRIEDRICH HÖLDERLIN □	48
FRIEDRICH WILHELM JOSEPH SCHELLING □	49
NAPOLEÓN Y HEGEL COMO EJEMPLIFICACIÓN □	50
REDUCCIÓN DE LA FENOMENOLOGÍA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL SISTEMA PANLÓGICO □	54
RESPUESTA HEGELIANA AL «TRILEMA DE MÜNCHHAUSEN» □	56
LAS LECCIONES DE BERLÍN □	57
EL SISTEMA PANLÓGICO □	58
OBRA	13
<i>Fenomenología del espíritu</i>	64
Una de las cumbres de la filosofía de todos los tiempos	64
Escrita para filósofos	65
El objetivo de la <i>Fenomenología</i>	65
Posición de la <i>Fenomenología</i>	66
<i>Ciencia de la lógica</i>	68
Una brillante integración de la historia de la filosofía	68
Primera parte del sistema	68
Culminación de la filosofía	68
Objetivo filosófico del futuro	69
<i>Lecciones de filosofía de la historia universal</i>	69

La razón en la historia	69
La historia en el sistema hegeliano	70
Momentos en el desarrollo del espíritu universal	70
Filosofía hegeliana de la historia y del espíritu	71
<i>Filosofía del derecho</i>	72
La obra de Hegel más leída y polémica	72
<i>Primer programa del idealismo alemán</i>	74
Hacia una libertad e igualdad universal de todos los espíritus	74
OBRAS DE HEGEL □	76
PENSAMIENTO	13
¿Cuál es el idealismo de Hegel?	80
El idealista filosófico no es el visionario ni el quimérico	81
Las grandes preocupaciones de Hegel	81
La historia, el progreso y la razón	82
Idealismo no es abstracción nebulosa e inconcreta	83
Abstracción y generalidad de los términos	86
Los niños usan los términos abstractos	86
Hegel y Marx, muy próximos	87
El idealismo filosófico no comporta poetizar o embellecer la realidad	88
Un mundo «bello»	88
Un sistema bello en tanto que lógico	88
Un sistema bello en tanto trágico	89
Ni altruismo ni inconformismo	89
La felicidad y los grandes hombres	90
Idealismo no es inconformismo	90
¿Es idealista Hegel a pesar de todo?	91
La idea y el espíritu	91
La idea es el concepto y la realidad de la sustancia que es sujeto	94
Por la razón hacia el espíritu universal	95
La idea es concepto realizado y realidad conceptualizada	96
En busca de una explicación racional	96
La idea es el objetivo último del filósofo	97
El punto de vista del filósofo	98
La estructura lógico-racional del todo	98
<i>Individuum est inefabile</i>	99

Idealismo <i>versus</i> realismo	99
Idealistas y materialistas: la metáfora de Marx	102
¿Qué es la libertad para Hegel?	103
La libertad humana no es autonomía absoluta	103
Superación del individualismo	104
Los servilismos de la autonomía absoluta	104
Frente a Fichte y con Spinoza	105
Moralidad kantiana y eticidad hegeliana	106
Límites colectivos de la autonomía personal	106
Una gestión responsable de la propia libertad	107
¿El Estado realiza o mata la libertad?	108
Identificación individual con el Estado	109
Rechazo de lo sentimental y realismo institucional	109
Sin concesiones a la conciencia moral subjetiva	112
¿Sólo el <i>todo</i> es libre?	113
El individuo como depositario de la libertad universal	114
Reconciliación del yo con el espíritu objetivo	115
Reticencias kantianas al papel del Estado	115
El necesario reconocimiento de las instituciones	116
Convergencia hegeliana con el marxismo	117
La importancia del conocimiento	117
La universalidad y la racionalidad como esencia del individuo	118
«Aquel que no sabe que es libre, no lo es»	119
Contra la libertad liberal	119
La libertad de uno va en contra de la del otro	122
El Estado, garante de la libertad positiva	122
Una norma universal válida en todo momento	123
El Estado, las constituciones y la historia	125
Un análisis histórico-empírico y de la evolución humana	125
El Estado como totalidad y como individuo	126
Un garante de las libertades universales	127
La divinización del Estado	128
Los Estados frente a la historia	128
Análisis de la democracia	129
El inestable equilibrio de la democracia griega	130
Condiciones para una verdadera democracia	130

La farsa de la democracia parlamentaria	131
Grecia: una democracia basada en la esclavitud	134
El imprescindible servicio de los ciudadanos a la universalidad	134
Crítica a la democracia, al liberalismo y a la Revolución francesa	135
Los males del individualismo y del subjetivismo modernos	135
Liberalismo racional en un Estado fuerte	136
El papel especulativo y educador de la religión	137
Análisis de la derrota de los revolucionarios franceses	138
La eficacia de la religión en el pueblo llano	139
El error de los países sin Reforma	139
La relativización del ideal político griego	140
Un retorno imposible e insuficiente	141
Un modelo democrático superado	141
Crítica a la aristocracia y elogio de la monarquía	142
La aristocracia como heredera de los patricios romanos	142
La monarquía: oposición a las particularidades	143
El gobierno de los mejores	143
Un Estado monárquico y una burocracia racional	146
La virtud de la monarquía	147
Una soberanía unipersonal con división de poderes	148
La religión y la filosofía	150
Elogio de la religión	150
La religión dirige mejor al pueblo no educado que la filosofía	151
La religión se anticipa a la filosofía	152
La religiosidad como expresión primera de los pueblos	152
El papel reconciliador de la religión entre individuo y Estado	152
Una forma universal de reconocimiento del espíritu	153
El cristianismo, última y suprema religión	156
Relación con el arte y la filosofía	156
El arte como primer momento del espíritu absoluto	157
El papel mediador del arte	157
La «muerte del arte»	158
El triunfo de la Reforma y la madurez de la filosofía	159
EL IDEALISMO HEGELIANO □	160
EL IDEALISMO FILOSÓFICO NO ES UTOPISMO □	162
SUSTANCIA QUE ES SUJETO □	164

EL IDEALISMO HEGELIANO ES DIALÉCTICO □	166
EL AFORTUNADO EQUILIBRIO DE LA LIBERTAD GRIEGA □	168
RAZÓN DIALÉCTICA □	169
HEGEL O EL PENSAMIENTO MADURO DE LA MODERNIDAD □	169
INICIO DE LA LIBERTAD EN LA HISTORIA □	170
LIBERTAD Y RECONCILIACIÓN GERMÁNICO-CRISTIANA □	172
EL IMPERIO ROMANO, DISCIPLINA DE LA LIBERTAD □	174
HEGEL Y MARX: SUPERACIÓN O ENFRENTAMIENTO □	175

ESCRITOS

<i>Primer programa de un sistema del idealismo alemán</i>	179
<i>Introducción a la filosofía de la historia universal</i>	183
<i>De lo bello y sus formas</i>	233
<i>Fenomenología del espíritu</i>	279
Notas de los escritos	368

CRONOLOGÍA

Vida, historia, cultura	372
-------------------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	380
--------------------	-----





Vida

GONÇAL MAYOS

Presentación

Presentamos la vida de Hegel dividida en períodos según las distintas ciudades en que vivió; se trata de una práctica habitual que ha mostrado gran utilidad para periodizar la evolución vital e intelectual de Hegel. Ello no es casual ni accidental, pues cada uno de sus cambios de domicilio coincide con cambios importantes en su vida y con evoluciones significativas en su pensamiento. Por eso asociaremos las ciudades donde vivió con las obras que allí concibió y/o escribió. Además, visto en perspectiva, este periplo nos dice mucho acerca de las circunstancias políticas y culturales alemanas.

Como veremos, a pesar de que Tubinga no vivía su mejor momento, era un buen trampolín inicial para un filósofo. Lamentablemente, Hegel tuvo dificultades para llegar rápidamente a la madurez filosófica y así emular a sus amigos Hölderlin y Schelling. Estas dificultades presiden sus estancias y dilaciones en Berna, Frankfurt e incluso en la universidad de Jena –por entonces, la universidad estrella y cuna del idealismo alemán–, a la que fue llamado por Schelling. Hoy podemos decir que en Jena Hegel consiguió una plena madurez que sin embargo no fue percibida en toda su dimensión, pues su gran obra de ese momento –la *Fenomenología del espíritu*– fue finalizada y publicada



LA CASA NATAL DE HEGEL EN STUTTGART, EN UNA FOTOGRAFÍA DE 1925. El filósofo nació en el seno de una familia luterana de clase media formada por el funcionario Georg Ludwig Hegel y su esposa, Maria Magdalena Fromm. A finales del siglo xviii Stuttgart era ya la principal ciudad de Württemberg, con una incipiente producción textil debido a los tejedores valdenses de Francia que se habían exiliado en la ciudad. ♦

en unas condiciones deplorables –ocupación militar napoleónica, vida universitaria reducida al mínimo y su subsiguiente abandono de la universidad– que impidieron que fuese leída, valorada e interpretada por sus coetáneos. Al cambiar Jena por Bamberg, Hegel tuvo que luchar contra la intromisión de la rueda de la historia en su vida y obra, a la vez que trataba de acelerar su propia maduración y su eclosión expresiva.

Antes de llevar a cabo su deseado salto a las grandes universidades de Heidelberg y, especialmente, Berlín, que en aquel momento representaban las etapas finales y culminantes de una carrera académica y filosófica al uso, Hegel debió ganarse la vida como editor de un periódico pronapoleónico en Bamberg y, luego, como director de un instituto de enseñanza media (un *Gymnasium*) en Nuremberg. Pero finalmente, después de numerosas dificultades y dilaciones, se hizo con un lugar clave en el sistema universitario alemán, y su pensamiento –ya plenamente maduro y sistematizado– se convirtió en un referente de primer orden dentro y fuera del mundo filosófico germánico. Profundicemos en todo ello con más detalle.

Stuttgart (1770-1788). El hijo del funcionario

Georg Wilhelm Friedrich Hegel nació en Stuttgart en 1770. Era hijo de un funcionario de nivel intermedio, un secretario de la oficina de hacienda que procedía de una familia protestante que había emigrado de Austria cuando se les exigió la conversión al catolicismo.

Una tradición luterana. Y es que en la familia de Hegel había muchos pastores protestantes, como sucedería más adelante con Nietzsche, lo que confirmaba la opinión de este último de que la filosofía alemana estaba amamantada con leche teológica luterana.

Como era habitual en esas familias de clase media y siempre dignamente vinculadas al servicio del principado y/o de la fe luterana, el interés por la educación y la cultura era un tema absolutamente prioritario. Para ello no se solía reparar en gastos ni esfuerzos.

En consecuencia, Hegel se educó en la convicción (teorizada más tarde por Weber) de que sólo el esfuerzo y el reconocimiento social de la propia virtud ofrecen un signo de salvación. Pero el camino o vocación personal de Hegel no era de tipo económico, sino cultural, más bien orientado hacia lo académico-universitario que estrictamente sacerdotal.

Muerte de la madre de Hegel. La madre de Hegel murió, cuando éste tenía 13 años, de unas fiebres hepáticas que también atacaron al pequeño. Así, Hegel perdió muy pronto su referente principal en la familia, pues las relaciones con su padre eran más bien distantes.

Esto acentuó su tendencia al estudio esforzado, obediente, ordenado y sistemático que siempre le caracterizó, si bien probablemente facilitó que sustituyera la teología (a la que le destinaba la madre) por la filosofía. En Stuttgart, Hegel estudió hasta finalizar el exigente bachillerato alemán, el *Gymnasium*.



EL JOVEN HEGEL ESTUDIÓ TEOLOGÍA en el seminario luterano de Tübinga (1788-1793), fundado en 1536 por el duque de Württemberg. Allí forjó con F.W. Schelling el programa del idealismo filosófico y trabó amistad con el poeta F. Hölderlin (1770-1843), a quien dedicó su poema «Eleusis». En la imagen, la casa donde vivió Hölderlin sus últimos años, a orillas del Neckar. ♦

Tubinga (1788-1793). Amigo de Hölderlin y Schelling

A los dieciocho años Hegel se desplazó a la ciudad universitaria de Tubinga, entonces en decadencia, para formarse como pastor luterano. En el seminario protestante siguió primero (1788-1790) los estudios filosóficos, concebidos como previos a los teológicos que cursaría posteriormente (de 1790 a 1793). Por las raras coincidencias de la vida, en aquel decadente centro coincidieron tres de las personalidades más destacadas del momento. Naturalmente, pronto funcionaron lo que Goethe denominaría «afinidades electivas», y Hegel simpatizó inmediatamente con el que sería uno de los mayores poetas alemanes –y en ese momento, un espíritu filosófico de enorme calibre–, Hölderlin, y, al año siguiente, con el muy aventajado y precoz Schelling, que a pesar de tener cinco años menos gozaba de una admisión anticipada en los círculos culturales.

Hegel, Hölderlin y Schelling. Los tres amigos compartieron la crítica a la sociedad provinciana que les envolvía y, a pesar de mantener la religiosidad y gozar de una espiritualidad no ajena a la mística, pronto decidieron conjuntamente apartarse de la mediocre perspectiva de la carrera de pastor a la que se les destinaba. Hölderlin, además de romper el compromiso de matrimonio con la hija de un pastor, decidió estudiar derecho en lugar de teología, y aunque Hegel intentó hacer lo mismo, su padre no le dio permiso. Para expresar sus nuevos intereses intelectuales y vitales, los amigos utilizaban una expresión kantiana que definía a la perfección su postura: se sentían cada vez más cerca de una hipotética «iglesia invisible» –de los espíritus selectos que comparten grandes anhelos humanos– que de la «iglesia visible» a la que se les había destinado previamente.

Tres acontecimientos de gran alcance. Todos estos cambios en las expectativas vitales de los tres amigos coincidieron –y en absoluto de manera accidental– con tres acontecimientos de gran alcance. Los dos primeros son básicamente culturales y se centran en el mundo alemán, mientras que el tercero es político.

1.^o En primer lugar, se trata de la lenta pero cada vez más sólida influencia general del ilustrado Kant y de sus obras posteriores a la *Crítica de la razón pura*, especialmente su

pensamiento ético y, más adelante, la polémica que mantuvo con el gobierno tras la publicación de sus esperados escritos sobre religión.

2.º El segundo acontecimiento es la polémica «sobre el panteísmo» desatada por la publicación de la obra del filósofo y pietista radical Jacobi *Sobre la doctrina de Spinoza en cartas a Moses Mendelssohn*. En ella, Jacobi revelaba la confesión entonces inédita que le había hecho personalmente el gran literato alemán Lessing, el cual se había convertido al espinocismo. En contra de la voluntad de Jacobi, tal polémica sólo consiguió convertir a Spinoza en un pensador de primer orden para los jóvenes del momento. De los tres amigos, el más influido por Spinoza fue Schelling, pero Hegel siempre tuvo como modelo el sistema y el rigor especulativo espinocista, y Hölderlin tampoco permaneció ajeno a esa influencia.

3.º El tercer gran acontecimiento fue de naturaleza política, pero de enorme alcance para las ideas y las expectativas de futuro de las siguientes generaciones en Occidente: la llegada de las primeras noticias de la Revolución francesa. A Hegel y a sus amigos les llenaron de entusiasmo y esperanza, pues deseaban que la revolución se extendiera por toda Alemania para que ésta volviera a entrar en la línea principal de la historia, de la que consideraban que había salido desde hacía décadas. Aunque la revolución no cuajó en el mundo alemán, su influencia se hizo notar muy pronto: sorpresivamente ya en 1791, de resultas de la batalla de Valmy.

Hay que reconocer que en ese momento, y todavía durante bastantes años, Hegel era un estudiante muy esforzado, metódico y obediente –seguramente más que sus compañeros–, y por ello era muy apreciado por sus maestros. Ahora bien, en comparación con dos genios precoces como Hölderlin y Schelling, su brillantez expresiva e incluso la profundidad filosófica alcanzada en este período son muy inferiores a las de sus amigos, los cuales, no obstante, le tienen en gran estima y valoración.

Berna (1793-1796) y Frankfurt (1797-1800)

Preceptor en Berna. A los veintitrés años, Hegel comenzó a trabajar como preceptor de los hijos de una familia aristocrática en Berna. El joven filósofo aceptó encantado, imaginándose a sí mismo iniciando de esta manera su camino propio e independiente de «libre pensador», que desarrolla sus propias ideas en libertad, compaginándolas con la digna tarea de «filósofo popular» que educa al pueblo en las nuevas ideas. Pero la realidad fue muy diferente, ya que a finales del siglo XVIII el preceptor era considerado como un siervo, prácticamente igual a los camareros o a los cocheros.

Los preceptores del momento tenían un nivel cultural muy superior a sus señores, pero en cambio recibían un trato despectivo por parte de éstos y muy habitualmente debían llevar a cabo actividades que no respondían a su cargo ni a su nivel intelectual. Por ejemplo, se les exigía que estuviesen permanentemente a la disposición del señor para colaborar en la organización de la casa, o bien que actuaran de espías de sus pupilos para informar adecuadamente a sus señores. El *Werther* de Goethe refleja perfectamente esa situación y las angustias y contradicciones de todo tipo que provocaba.

Preceptor en Frankfurt. Aunque Hegel compaginó su actividad educadora y otros deberes con algunos viajes y estudios personales, no simpatizó con sus patronos ni tampoco con la sociedad de Berna. Por ello, cuando su amigo Hölderlin le consiguió un cargo de preceptor en Frankfurt, lo aceptó encantado. Ahora ya no se trataba de una casa aristocrática sino burguesa, más acorde con la mentalidad de Hegel (hay quien irónicamente destaca que se trataba de un comerciante de vinos). Así pues, a los veintisiete años Hegel viajó a Frankfurt, lo cual le permitió profundizar su amistad con Hölderlin. En esta época, éste ya era bastante reconocido, pues Schiller lo había potenciado públicamente, pero tenía múltiples y públicos problemas amorosos; en este sentido, Hölderlin sabía que Hegel tenía los pies más sólidamente anclados al suelo que él, y por tanto que podría ayudarle a recobrar el equilibrio personal.

Y ciertamente durante los próximos años Hölderlin llevó a cabo el núcleo más brillante de su producción, pero la hipotética influencia positiva de Hegel no fue duradera,



ILUSTRACIÓN DE ARTHUR GEORG VON RAMBERG (1819-1875) para *Las desventuras del joven Werther* (1774), obra en la que el escritor Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) describió la estrechez de la vida de un joven preceptor que —como Hegel o Hölderlin en Frankfurt— contrapone la naturaleza a la convención. Frankfurter Goethe-Museum, Frankfurt. ♦

pues aquél pronto se vio sumido en una larga y beatífica locura. Por su parte, y bajo la influencia de Hölderlin —que acaba de publicar el primer volumen de su *Hiperión*—, en esta época el racionalista y burgués Hegel conectó con el naciente romanticismo como nunca después. Por ello, aunque más adelante menospreciaría siempre el sentimentalismo y la ingenuidad político-social de los románticos, escribió entonces bajo su influencia algunas obras, entre las que destaca el poema «Eleusis».

Hegel y el romanticismo. Aunque los románticos e idealistas alemanes —incluido el propio Hegel— compartían un mismo anhelo de libertad y de absoluto, en general, y especialmente Hegel, lo buscaban de manera relativamente diferente. Así, los románticos exaltan el sentimiento y las pasiones, mientras que Hegel los valora, pero

siempre sometidos y al servicio de la razón. Frente a una sociedad donde domina la hipocresía o un Estado sometido a la ambición de poder, los románticos divinizarán la naturaleza, el ámbito puro donde el hombre encuentra su sosiego y puede comunicarse con los dioses. En cambio, Hegel considera siempre la naturaleza como inferior a la sociedad y al Estado, pues en ella el espíritu está como inconsciente de sí; al contrario, piensa Hegel, sólo en la sociedad, el Estado y la cultura, la humanidad está «en su verdadera casa» y puede superar la alienación cosificada e inconsciente de lo meramente natural.

Primera publicación. Con notable retraso con respecto a sus amigos, en 1798 Hegel llevó a cabo su primera publicación. Mientras tanto, Hölderlin había alcanzado ya una voz poética genial que comenzaba a ser reconocida y Schelling era saludado ya unánimemente como el más brillante joven talento filosófico del momento y triunfaba en la universidad de Jena, reconocida unánimemente como el centro de la «nueva» filosofía idealista. En cambio, Hegel, el futuro creador del sistema más completo y sólido del idealismo, era todavía simplemente el amigo fiel de ambos: muy bien dotado y extremadamente trabajador, pero con un talento que todavía no había explotado y que parecía desperdiciarlo en escritos abstrusos que ni tan sólo se atrevía a publicar. Todo ello le convirtió en un fiel escudero y, a la vez, en el amigo desafortunado a proteger por unos Hölderlin y Schelling ya convencidos de su genio personal y prácticamente consagrados. Seguramente por ello, y a pesar de que Hölderlin y Schelling permanecían más cercanos al espíritu romántico que triunfaba en el mundo germánico, se mostraron más distanciados entre sí, mientras parecían competir por atraer y proteger al fiel pero lento Hegel.

De Frankfurt a la universidad de Jena en Turingia. Hölderlin le había llamado a Frankfurt y él acudió agradecido y entusiasta, pero pronto escribiría a Schelling para que le facilitase el salto a la universidad de Jena, muy cerca de Weimar. Esta universidad había visto la expulsión, bajo acusación de ateísmo, del gran filósofo del momento, Fichte, con lo cual Schelling aparecía como un sucesor que podría ver en Hegel a su primer discípulo. Efectivamente, Schelling respondió rápidamente a Hegel y le consiguió un puesto en la universidad. Ambos se pusieron manos a la obra y, prácticamen-

te a dúo, elaboraran una revista filosófica; en ella, Schelling fue delegando progresivamente las tareas publicistas en Hegel y le ayudó a escribir y a expresar la filosofía que llevaba dentro.

Aunque en este período no parece insinuarse en el horizonte, los estudiosos percibimos en los escritos y la biografía de ese momento concreto de Hegel, Hölderlin y Schelling, los indicios de una profunda inversión. El brillante talento poético, pero también de creación filosófica a través de la metáfora, el símbolo y los tropos de la poesía de Hölderlin explotan como una deslumbrante nova, pero se apagarán lamentablemente poco después. También la brillantez, la creatividad y la capacidad de reinventarse de Schelling alcanzan altísimas cotas, pero pronto comienza a entreverse que será al precio de ensimismarse y que su evolución tendrá lugar en adelante en privado, escribiendo mucho pero publicando poco, dialogando agudamente consigo mismo pero permaneciendo cada vez más apartado del mundo.

Superando numerosas dificultades y a través de una larga evolución, sólo Hegel conseguirá alcanzar el objetivo, o al menos aproximarse a él, de elaborar un sistema idealista omnicomprensivo y desarrollado en todas sus partes. Los tres amigos componen y comparten, alrededor de 1797, el llamado «Primer programa de sistema del idealismo alemán». Significativamente, este «programa», en aquel momento compartido por todos ellos, fue primero imputado por los estudiosos a Schelling, aunque hoy parece que su principal inspirador fue Hölderlin; pero sabemos que el documento a través del cual nos ha llegado tiene la caligrafía de Hegel, y que sólo él –con importantes cambios de perspectiva, eso sí– confeccionó mucho después algo así como un sistema completo y mínimamente estable dentro de la perspectiva general del idealismo alemán.

Pero no anticipemos acontecimientos, pues esto sucederá mucho más tarde, y para ello Hegel tendrá que superar numerosas dificultades, tanto externas como internas e imputables a sí mismo. De los tres amigos, Hegel era el que más dificultades tenía a la hora de expresarse e impresionar al público. Sólo muy lentamente fue atreviéndose cada vez más a mostrar su análisis de la realidad y a dialogar en la esfera pública de lo que en la época se llamaba «la república de las letras». Ciertamente, todavía le costó mucho con-

seguir el reconocimiento, pero el lector puede ya percibir que al final del período de Frankfurt –precisamente cuando cambia la influencia más directa de Hölderlin por la de Schelling– ha puesto ya los fundamentos filosóficos de su propia evolución personal. A partir de entonces, sorprendentemente, los papeles con sus geniales amigos empezarán a invertirse.

Muerte del padre de Hegel. No obstante, por el momento Hegel todavía necesitaba los espaldarazos externos de sus amigos. También le fue de ayuda la triste circunstancia de la muerte de su padre –con el que ciertamente no se llevaba demasiado bien– en 1799, lo que le permitió acceder a una pequeña herencia que le sería imprescindible para dar el salto a la docencia universitaria. De este modo, Hegel renunció al sueño de «libre pensador» o «filósofo popular» que debía educar al pueblo desde el ejercicio independiente de la filosofía y la docencia. Aún más claramente, renunció asimismo al sueño, que también tuvo, de ser un poeta romántico como su amigo Hölderlin. En cambio abrazó el deseo de emular a su otro amigo Schelling, que en ese momento triunfaba como filósofo y profesor en la universidad de Jena.

Humilde y lúcidamente, ahora que había muerto su frío padre funcionario, Hegel comprendió que él también necesitaba de la institución para proyectarse. Su filosofía deberá hacerse en el seno –aunque no necesariamente de forma acomodaticia, como se le acusa– y en diálogo con la sociedad mundana y la historia real –lo que él denominará «espíritu objetivo»–. Hegel decidió convertirse en un filósofo-funcionario, un servidor del Estado, sí, pero consciente de que sólo con gente como él, el Estado y sus instituciones pueden convertirse en racionales y hacerse rigurosamente autoconscientes –eso ya sería, piensa Hegel, «espíritu absoluto»–. Tal opción no dejaba de ser arriesgada en aquel momento, pues las universidades estaban desprestigiadas después de haber permanecido décadas al margen de los grandes movimientos modernos y sometidas al nepotismo de los poderes cercanos.

Resurgen las universidades modernas. El resurgir de las universidades modernas se inició con la universidad de Jena y la nueva concepción del intelectual-filósofo que, siguiendo a Kant, puede compatibilizar el «uso público de la razón» –por medio



COMO PRECEPTOR AL SERVICIO DE LOS STEIGER, familia de la declinante oligarquía de Berna, Hegel se interesó por el régimen fiscal del cantón en plena transformación política y leyó las obras de Tucídides y Montesquieu, Hume y Gibbon, Schiller y Kant. Detalle de la fachada serigrafiada del Erlacherhof, el palacio consistorial bernés del siglo XVIII. ◊

del cual se dirige libremente, conforme con su personal apreciación de las cosas y a través de sus escritos, al conjunto del género humano— con el «uso privado» —que resulta de ejercer un cargo o docencia pagada por alguna institución estatal o universidad—. Un tanto paradójicamente, Schiller y Fichte destacan la responsabilidad moral y áurea heroica de este nuevo educador que, desde las cátedras, incita a los discípulos a asumir la desprendida investigación intelectual y a fundamentar intelectualmente el mundo moderno.

La nueva concepción de universidad, que olvida el gremialismo heredado de las instituciones medievales, renueva los modernos conocimientos y disciplinas y termina de enterrar las reminiscencias escolásticas, sólo se consolidará más tarde, en 1810, con la creación por Humboldt de la nueva universidad de Berlín. Sin embargo, en el momento de cambio de siglo, Hegel se había decidido y quería ser filósofo de la realidad, conocedor del efectivo mundo social, testimonio especulativo de la historia humana entera, instrumento racional del espíritu objetivo para devenir espíritu absoluto, a la vez que portador y notario de la «idea». Y para ello necesitaba de la universidad, especialmente de la más creativa del momento: la de Jena, de la que les había dado noticias muy pronto Hölderlin, quien brevemente se había integrado en sus círculos románticos y había descubierto a Fichte, y donde ahora brillaba Schelling.

Jena (1801-1807). Tras Schelling y... ¿superándolo?

Ya en Jena, Hegel defiende su tesis de «habilitación» para poder acceder a la docencia, aunque únicamente consigue un puesto provisional, remunerado por los mismos estudiantes y en función de su número. A pesar de que sólo puede mantenerse gracias a la herencia del padre, a los 31 años finalmente estaba en su propio ambiente, donde en el fondo siempre había deseado estar: la nueva universidad.

La nueva universidad. Hegel interpretaba la nueva universidad como conjunción de espíritu objetivo y espíritu absoluto; aún más, como la institución encargada de que el primero –que incluye los aspectos más inmediatos de la sociedad hasta su suprema institucionalización estatal– alcanzase su autoconciencia y perfecto conocimiento filosófico.

Ésta fue la tarea que Hegel asumió para sí, la que defendió para la universidad y la que inculcó a sus discípulos. Pues incluso el joven Marx se pensó y proyectó en la vida universitaria, hasta que, como todos los hegelianos de izquierdas y aquellos de derechas que «recuerdan» en exceso al maestro Hegel, fue finalmente expulsado. Sólo tras la expulsión, Marx pasó a formar parte de esa especie de «librepensadores» proletarios que escribían en los nuevos medios periodísticos y editoriales y se proyectaban en los crecientes partidos de masas –siempre a «extramuros» de la institución universitaria–, y que con Lenin se evidenció que incluso podían liderar revoluciones.

Hegel se aleja de Schelling. En 1801 Hegel publicó por primera vez sobre tema filosófico un importante escrito en que, significativamente, compara los sistemas idealistas ya reconocidos de Fichte y Schelling. Hegel era en este momento para el público filosófico simplemente un seguidor de Schelling, pero ese escrito le sirvió ya para intuir su aportación personal y diferenciada respecto a su amigo. A partir de ese momento, Hegel empezó a prodigar sus escritos en la revista que editaba con Schelling, quien sin embargo no pareció aceptar de buen grado la lenta eclosión en Hegel de una filosofía propia. Afortunadamente o lamentablemente, Schelling se trasladó en 1803 a la nueva universidad de Würzburg, cerrándose la revista que ambos publicaban. De nuevo, Hegel



LA GOETHEALLEE, EN LA ACTUAL UNIVERSIDAD DE JENA. Cuando, en 1801, Hegel inició en Jena su carrera académica, la universidad que Goethe y el gran duque de Weimar habían convertido en el centro del movimiento romántico durante el último tercio del siglo XVIII, con figuras como Schiller, Fichte o Schelling, empezaba ya a decaer. ♦

se quedó solo y sin la mínima proyección que le otorgaba su asociación con Schelling. Pero por otro lado, Hegel pudo ganar tiempo e invertirlo en proyectos más ambiciosos que incluían una perspectiva filosófica ya plenamente independiente de la de Schelling.

Aunque buscó y pidió desesperadamente a todos sus conocidos (incluyendo a Goethe) algún puesto universitario más remunerado que suavizase sus penurias, Hegel no lo consiguió e incluso vio cómo la universidad de Jena anteponía al recién llegado Fries, por quien sentía una profunda antipatía que incluso iba más allá de su totalmente diferente concepción de la filosofía. Mientras tanto, Hegel se resistía a publicar incluso textos que ya había escrito y que sabía valiosos. Estaba pendiente de una obra realmente importante que diera la medida de «su sistema»: la filosofía sistemática, que desde hacía tiempo consideraba su objetivo primordial y la tarea última de cualquier filósofo.

Es curioso constatar cómo Hegel fue creciendo y, sobre todo, proyectándose públicamente a medida que se iban apagando sus más inspirados amigos Hölderlin y Schelling, ambos con una prodigiosa y temprana explosión productiva y proyección pública. Como hemos dicho, de una manera muy rápida y brutal Hölderlin se hundió en la locura, y si ciertamente Schelling continuó evolucionando y reflexionando incluso más allá de la muerte de Hegel, en pocos años dejaría prácticamente de publicar. Paradójicamente, mientras Hegel iba presentando su candidatura «en la república de las letras» como filósofo crucial de la época, Schelling, que había llevado a cabo su formación «a la vista del público» —como dirá Hegel, sin duda contraponiéndolo a sí mismo, a su lenta y «privada» evolución que retarda mucho las publicaciones—, en adelante continuaría su filosofía en gran medida de forma privada, sin demasiadas comunicaciones por escrito.

La Fenomenología del espíritu. Ahora bien, de momento las dificultades eran para Hegel: el dinero de su herencia se agotaba, carecía de trabajo fijo, el público lo veía simplemente como «el discípulo» de Schelling, éste le había dejado atrás al cambiar de universidad, ya no podía publicar en la revista que editaban, pues sin Schelling dejó de ser viable, y en su propia universidad contrataban a Fries, quien se convertiría en su peor enemigo. Al acuciado Hegel sólo le quedaba buscar desesperadamente un puesto remunerado y desesperadamente escribir su «gran libro», «su sistema». Ello se concretó en la acelerada confección, nerviosa redacción e inspirada concepción —todo ello se nota en el texto— de la *Fenomenología del espíritu*.

Se trata de la obra con la que Hegel encontró finalmente su estilo y su perspectiva filosófica; en cierto sentido, es su obra más fascinante y profunda. Ahora bien, también es de todas sus grandes obras la que tuvo menor impacto en su momento, la que chocó más directamente con la mentalidad dominante y la que estuvo más marcada por las adversas circunstancias políticas e históricas. Paradójicamente, la obra que tenía que pensar a fondo la realidad más cruel, para elevarla a saber absoluto, resultó cruelmente afectada por esa realidad hasta el punto de que su mensaje —ese saber absoluto— quedó enmudecido para todos hasta su definitiva revalorización a finales del siglo XIX e inicios del XX.

Los cañones napoleónicos. El editor, nervioso, se desesperaba ante la lentitud de Hegel, y con el crecimiento imprevisto y desaforado de la *Fenomenología del espíritu*, el contrato de publicación peligraba. A la vez, Hegel recibió la noticia del nacimiento de su hijo ilegítimo Ludwig Fischer –que además de problemas morales y sociales, comportaba importantes gastos imprevistos– y, encima, la historia arremetía en su contra y en contra del libro que habría de elevarla a saber absoluto.

Napoleón invadió Weimar y llevó a cabo una de sus más cruciales batallas ante Jena, provocando prácticamente el cierre de la universidad y, con él, que Hegel debiera abandonarla y que las esperanzas puestas en la *Fenomenología* se desvanecieran, pues en una situación así, ¿quién podía leer? Aún más, ¿quién podía leer ese libro tan complicadamente diabólico y rompedor? Hegel lo intuyó: ¡nadie!

Paradójicamente, la *Fenomenología del espíritu*, sin duda la obra más adecuada para descifrar las complejas «astucias» y conflictividades de inicios del siglo XIX, resultó poco valorada y más rápidamente olvidada en favor de otros discursos que no profundizaban tanto en la trágica conflictividad de la época. La *Fenomenología* era sin duda la obra filosófica más idónea para pensar –sin despreciar ni disolverlas ingenuamente– la cruel emergencia de la despiadada modernidad, las duras pruebas de la historia y de la vida en el militarmente derrotado y parcialmente ocupado mundo alemán. La *Fenomenología del espíritu* buscaba capacitar para descifrar las «astucias de la razón», que son a la vez trágicas y lógicas, a la vez destructivas y constructivas, y que definen el desarrollo humano a la vez en lo cognoscitivo, en lo social y en la aspiración o el explicitar del absoluto.

Ya instalado en Berlín, el Hegel viejo exagerará cuando dirá que había acabado de escribir la *Fenomenología del espíritu* bajo el ruido de los cañones napoleónicos, porque, en realidad, ya había terminado de redactar el cuerpo –no así el famoso prólogo– poco antes de la victoria napoleónica de Jena-Auerstädt.

Ciertamente ésta era una buena justificación del muy escaso éxito cosechado por la primera gran obra hegeliana. Incluso la necesidad imperiosa de acabarla antes del

18 de octubre de 1806 podía justificar algunos importantes desequilibrios internos, en su concepción y en su febril redacción. Ahora bien, las circunstancias históricas que envolvieron a la *Fenomenología* no podían esconder que a Hegel le había costado mucho encontrar un lenguaje filosófico propio desde el que encarar la tarea filosófica de su tiempo, y que, con esa obra, lo lograba sólo al precio de una enorme complejidad.

El estilo hegeliano. El estudioso acostumbrado a resaltar la dificultad de la *Fenomenología* o del estilo filosófico hegeliano de ese momento a veces olvida que éste era perfectamente comparable en dificultad a los de sus grandes coetáneos: Reinhold, Fichte, Schelling, Novalis, el Hölderlin filósofo, etc. Y que, además, tampoco el posterior estilo más maduro, pero también menos espontáneo, del Hegel de Berlín no se caracteriza precisamente por permitir una fácil lectura.

Ahora bien, hay que reconocer que Hegel nunca cayó en el fácil recurso –absolutamente contradictorio con su manera de pensar– de culpar a las circunstancias históricas –y en concreto a la invasión napoleónica– de sus problemas de por entonces. Muy al contrario, los «cañones» napoleónicos simbolizaban para Hegel el traslado al cerrado mundo alemán de la Revolución francesa y de la nueva dinámica moderna, que era precisamente lo que la *Fenomenología del espíritu* debía pensar filosóficamente y elevar a idea.

Tal como transforma e interpreta Hegel la expresión de Esopo «Aquí es la rosa, aquí baila», se ve que la aspiración hegeliana es captar la profunda racionalidad realizándose dialécticamente bajo la cruel y trágica historia humana. La historia actual, penetrando como un huracán en el caduco, retrasado y todavía cortesano mundo alemán, no tiene por qué ser –piensa Hegel– un espectáculo agradable ni inmediatamente venturoso; la concreta y particular realidad nunca lo es para los finitos, personales y singulares seres humanos implicados.

Los nuevos tiempos son especialmente terribles cuando introducen cambios y hacen aflorar conflictos que quizás han estado larvados durante siglos. Por eso Hegel saluda a las tropas napoleónicas –por otra parte, invasoras– como liberadoras de un mundo



EL EMPERADOR NAPOLEÓN I (1769-1821) (1) pasa revista a las tropas francesas con los mariscales Louis Alexandre Berthier (1753-1815) (2), en el centro, y Joachim Murat (1767-1815) (3), detrás, antes de la batalla de Jena, en Weimar. Óleo de Horace Vernet. Museo de Versalles y el Trianon, Francia. ♦

fossilizado que se resiste a actualizarse; en cierto sentido –y aplicando la metáfora del naciente *Sturm und Drang*– son interpretadas como los truenos que anuncian la tormenta y la posterior lluvia benefactora, germinal, fructífera...

Una revolución espiritual. Como dirán Marx, Lukács o Marcuse, los jóvenes pensadores idealistas alemanes, conscientes de que el retraso social, político y económico de su país les vetaba la revolución política «real» que hacían los franceses, veían con

buenos ojos la extensión de la revolución a sus propios territorios, al menos durante los primeros y entusiastas momentos. Había aquí, en parte, una clara conciencia de inferioridad política que, no obstante, era de sobras compensada por la confianza en las propias capacidades intelectuales.

Las veían suficientes para llevar a término una revolución espiritual –más real y efectiva, *Wirklich*, que la política de Francia– armados con la potencia especulativa que, desde Kant o incluso Leibniz, resultaba del adecuado cultivo del «espíritu de seriedad» en la filosofía alemana. Era ésta una perspectiva extensamente compartida, pero nadie como Hegel y su *Fenomenología del espíritu* conseguirá implicar dialécticamente y tan intrincadamente las dualidades: vida y pensamiento, historia y filosofía, empírea y lógica, realidad desconceptualizada y concepto de la realidad...

Culminando la consigna hegeliana «Aquí es la rosa, aquí baila», la esencia más radical de la *Fenomenología del espíritu* estriba en superponer dos discursos que así se potencian y explican mutuamente: por una parte el dramático conflicto vital e histórico, y por otra la fría lógica que muestra la racionalidad de aquel conflicto. El primero concreta, encarna y se anticipa dramáticamente al segundo; el cual a su vez conceptualiza y conoce racionalmente el sentido desdramatizado del primero.

Dos discursos –el pantrágico y el panlógico– que acontecen complementarios, pese a que un abismo ontológico y vital –como veremos en el recuadro correspondiente– los separa irremisiblemente.

Bamberg (1807-1808). Defendiendo a Napoleón

Director de periódico. Después de tener que abandonar Jena y de perder un puesto solicitado en la universidad de Heidelberg que obtiene su «enemigo» Fries, Hegel acepta dirigir el *Bamberg Zeitung*. Puede sorprender al lector demasiado influido por los tópicos al uso que un filósofo, además tan especulativo y «difícil» como Hegel, pudiera dirigir un periódico. Ahora bien, ya en su etapa anterior en Jena Hegel había afirmado que: «Leer el periódico de la mañana es la plegaria matutina del realista», entendiendo por «realismo» orientarse hacia el mundo y su realidad. Así Hegel se oponía al idealismo utópico e ingenuo del que cree que tiene una vía privilegiada con Dios que le garantiza conocer la realidad, sin tener que atender a ella en tanto que tal, es decir, sin esforzarse en analizarla y penetrar en su intrínseco funcionamiento.

Recordemos que en la *Fenomenología* ha resaltado Hegel que el «saber absoluto» al que puede acceder el filósofo no goza de las famosas características que habitualmente pretende la humana voluntad de saber y de dominio: prever para dominar el futuro. Como mucho, la lechuza de Minerva que es el filósofo puede conocer de forma absoluta—recordamos: irrefragable, radical, necesaria y mostrando la idea racional—lo acontecido, pero al precio de perder su viveza y terribilidad, para ganar y poner de manifiesto lo lógico, dialéctico, gris y racional en su recuerdo.

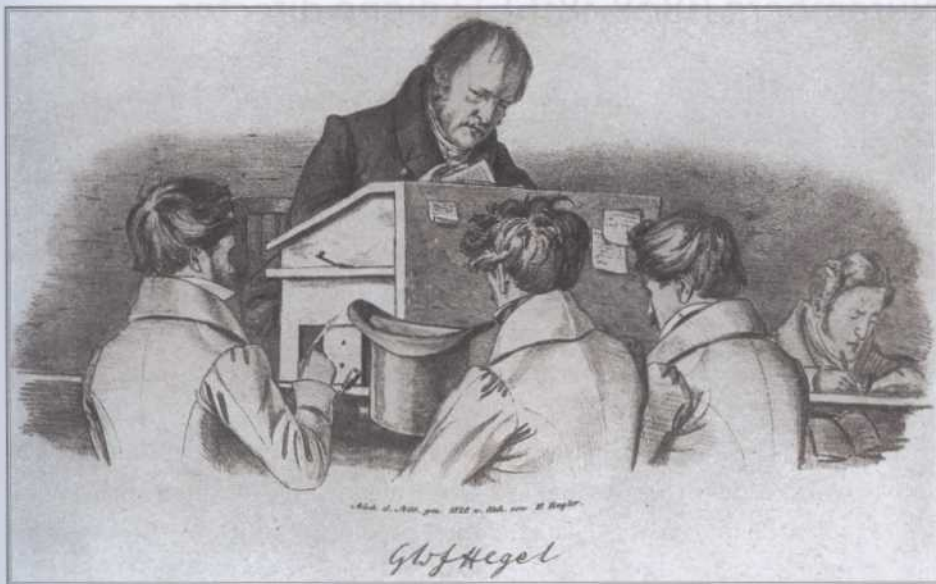
Por ello el filósofo idealista Hegel—aparentemente desgajado del mundo—se propone leer el periódico matutino como un ejercicio necesario para iniciar la tarea esencialmente filosófica de pasar de la anécdota circunstancial a la verdad histórica y especulativa. Sólo así puede entenderse que Hegel salude admirado al invasor Napoleón—el «espíritu universal a caballo», lo llama—que ocupa y despuebla de alumnos la universidad donde tanto le ha costado trabajar. Hegel incluso puede sospechar que le condenará además a un más o menos largo periodo alejado de su sueño de vida académica, dignamente funcional y fría filosofía, donde su vida se mostrará más trágica, menos predeterminada, más azarosa, pero quizás no menos interesante.

De pantrágico a panlógico. Es curioso que precisamente en esta etapa absolutamente imprevista de su vida –que, de forma curiosa, incluye la dirección de un diario cultural pronapoleónico– Hegel evolucionara rompiendo el equilibrio de la *Fenomenología* y subordinando la vertiente pantrágica en favor de la panlógica.

Sorprendentemente, esta evolución interna del pensamiento hegeliano coincide con lo que dice que es su oportunidad de vincularse más directamente con los acontecimientos históricos: «Podré proyectar mi curiosidad sobre el seguimiento de los acontecimientos del mundo». Y acaba haciendo una declaración muy de su talante: «Tan seductor como el aislamiento independiente [*típico del filósofo exigente*] es que todo el mundo deba mantener una conexión con el Estado y trabajar en su nombre [...]. No voy a llevar realmente una vida privada, porque no hay hombre más público que el periodista».

Evidentemente, el *Bamberg Zeitung* no era como los actuales periódicos, y parece ser que casi en su totalidad lo escribía Hegel, atendiendo a las noticias clave del momento tanto políticas como culturales. Hegel desarrolló en él una línea editorial claramente en favor de Napoleón, que entonces era el dictador que controlaba toda aquella extensa zona de Alemania y estaba en confrontación directa con Prusia. Hay que decir que las opiniones personales de Hegel encajaban perfectamente en aquel momento con la posición que necesariamente tenía que defender. Es muy conocida la admiración hegeliana –casi adoración– por Napoleón, en quien veía la encarnación «a caballo» del espíritu universal, el «gran hombre» que en ese momento era depositario del destino de la humanidad y de la razón de la historia.

Se publica la *Fenomenología*. En Bamberg apareció finalmente la *Fenomenología*, aunque prácticamente «naciendo muerta desde la misma imprenta». Por otra parte, algunas críticas explícitas que se contenían en ella contra la filosofía de Schelling –además de la definitiva constatación de que Hegel tenía un camino filosófico propio e incompatible con el de su amigo– sellaron la ruptura de su vieja amistad. En adelante, Schelling y Hegel se vigilarían a distancia como dos perspectivas adversarias del idealismo que compiten por liderar tal movimiento. Pero como hemos apuntado, y



En 1807, HEGEL COMPAGINÓ SUS LECCIONES de lógica y metafísica, derecho natural, enciclopedia e historia de la filosofía en la universidad de Jena con la redacción de su gran obra *Fenomenología del espíritu*, como propedéutica al sistema cuyo programa elaboró en Frankfurt y que fue completando a medida que avanzó en su carrera docente. Hegel impartiendo clases, litografía realizada c. 1828 por Franz Kugler (1808-1858). ♦

aunque deberemos esperar todavía un poco para que se constate plenamente, ya se intuye la futura inversión de posiciones que llevará a Hegel a triunfar en la universidad de Berlín.

Aunque dirigir un periódico no es tan contradictorio con la concepción hegeliana de la filosofía como se suele creer, lo cierto es que Hegel aspiraba a descifrar la racionalidad de la historia humana y la realidad, más que a narrar sus azares concretos o reseñar sus particulares circunstancias. La mirada y la especulación hegeliana se alza siempre a grandes distancias geográficas o temporales—la *longue durée* de los historiadores franceses de los *Anales*—. El campo natural de Hegel es la macrohistoria y la macrofilosofía; no la pequeña historia de los acontecimientos singulares, de pobres efectos y de corto alcance; tampoco la filosofía erudita, detallista y ceñida a la autoridad de los pensadores analizados.